

MIGUEL GUIRAO PÉREZ
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Comentarios sobre la significación
del cuerpo del hombre



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1990-91



MIGUEL GUIRAO PÉREZ
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Comentarios sobre la significación
del cuerpo del hombre



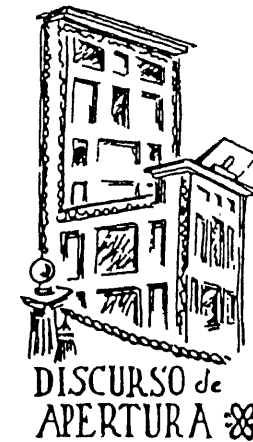
DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1990-91

Comentarios sobre la significación
del cuerpo del hombre

MIGUEL GUIRAO PÉREZ
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º Documento	241389
N.º Copia	241396

Comentarios sobre la significación
del cuerpo del hombre



UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1990-91

EXCMO. SR. RECTOR MAGNÍFICO
EXCMOS. E ILMOS: SEÑORES,
COMPAÑEROS, ALUMNOS, SRAS. Y SRES,
QUERIDOS AMIGOS:

He de manifestar, en primer lugar, el auténtico honor que supone para mí dirigirme a la Comunidad Universitaria desde la tribuna que juega en este escenario plural el papel de la Cátedra, representando yo a ese Maestro que cada día y desde hace tantos años trabaja, entre otros protagonistas, para que nuestra Universidad pueda cumplir con dignidad en Granada su excelsa misión de servicio. Permitidme que en primer lugar y como cada día salude a vosotros los alumnos que por ahí veo dispersos y que me gustaría ver ocupando la parte más importante de este hermoso crucero porque son causa y destino de los afanes de la universidad, y lo han sido de los míos.

Seguramente que muchos de los que previamente han ocupado esta tribuna habrán sentido como yo dificultad en la elección del tema y en el modo de exposición: ¿una conferencia de «altura científica» o una charla «asequible» a todos los asistentes?; es difícil la elección porque la oportunidad de hablar a toda una comunidad propicia cualquier tentativa de ostentación.

Pero es que, además, en mi caso se da la circunstancia especialísima de que esta primera lección de curso es la última de mi

carrera activa, hasta el punto que de esta ceremonia saldré como definitivamente jubilado. Es más: para que haya intervenido en este acto han sido necesarios unos días de generosidad por parte de nuestro Rector, porque jubilado comencé ya a serlo el día uno de este mismo mes. Deseo pues testimoniarme mi gratitud por haberme permitido dar mi última lección de un modo tan solemne.

Pensé aprovechar la ocasión para hablar de la universidad que yo he conocido en mis más de cuarenta años de magisterio y medio siglo práctico de vinculación formal, pero he sabido resistir la tentación y no daré charla por lección. Procuraré, eso sí, tratar ésta de una manera sencilla, emplearé poco más de media hora en su exposición, para a un tiempo rebasar un mínimo exigible y no cansaros, y he escrito justamente lo que en ese tiempo puedo leer para que quienes lean conmigo el discurso lo pueda hacer con comodidad; trataré de cumplir mi cometido con moderación.

El «cuerpo anatómico» como guía

En cualquier circunstancia una referencia genérica al «Hombre» puede interesar, y sin embargo si os recuerdo que voy a hacerlo de su «cuerpo» el tema puede perder ya mucho de su interés, porque éste se ve con muchas limitaciones. Contra esa falsa apreciación voy.

Cuando yo comenzaba mis estudios, la verdad es que ese simbolismo irónico del anatómico como un hombre con un hueso en la mano, tenía algo de realidad, pero os aseguro que yo me resité siempre a referirme al modelo generalizado de un «cadáver» que sólo me ha interesado como medio. Tan es eso así que no habían finalizado aún los cuarenta cuando elegí para el ejercicio clave de mis oposiciones a cátedra un tema que llamé «Anatomía de la Emoción» que resultaba comprometido, porque aunque la emoción sea quizás el sentimiento más materializable por la somatización que sus manifestaciones exigen, nada

hay más lejos de un cadáver ya que implica la plena vida.¹

Y es que nadie puede estar más interesado que el propio «presentador» del hombre –como he sido yo tantos años– en hacerlo al mejor nivel, con el mejor modelo, como el hombre total, el HOMBRE (simplemente y con mayúscula), con todo lo que es precisamente por tener ese cuerpo que posee, un cuerpo que tiene huesos sin duda y que se mueve obviamente también, pero que, además, en él se siente y se ama, y con él se llega a tener ilusiones y fé.

Entiendo que no por estar en una facultad de medicina, en el período preclínico haya que pensar ya en el modelo de un hombre presuntamente «enfermo» sino que hay que esforzarse en presentarlo «sano y capaz», con sus importantes recursos y sus admirables capacidades, y acaso con un destino que descubrir. Sólo así el médico podrá serlo «humanista»: cuando a fuerza de admirarlo, por encima de la enfermedad concreta sea capaz de pensar en la categoría del hombre que trata.

Pero ¿cómo se puede dinamizar y enriquecer el cuerpo del «hombre anatómico» hacia esos fines de auténtica y plena vida?. Para empezar, tratemos de mirar ese cuerpo con ojos de vida y no de muerte.²

1.- Aprendí de mi maestro y padre, Miguel Guirao Gea, una anatomía «rigurosa» pero he de confesar la inmediata influencia que tuvieron en la orientación de mi preparación inicial el pensamiento de Juan Rof Carballo (podemos centrarlo entonces en su obra «Cerebro Interno y Mundo Emocional». Labor. Barcelona. 1952) y el maestrazgo directo de José Escolar, catedrático entonces de ésta universidad, con su «anatomía finalista» (se puede deducir de su obra «Neuroanatomía». Ventura. Granada. 1952).

2.- La «antropología médica» desarrollada a lo largo de la magnífica labor de Pedro Laín Entralgo, ha sido un constante punto de referencia en mi trabajo. Entre sus muchas e importantes obras, su libro «Cuerpo Humano. Teoría actual» (Espasa Calpe. Madrid. 1989) representa, a mi juicio, el que llega más

Consciencia del «cuerpo interior»

En esa línea de pensamiento, después de aquella «Anatomía de la Emoción» escribí un libro que se llamó «Anatomía de la Consciencia», es decir, la de un cuerpo que siente, piensa, quiere y acciona, como antes, pero con total «conocimiento de lo que hace», lo que ya es mucho.³

Pero «consciencia», ¿cuál y de qué?, ¿dónde y cómo? Es urgente tratar de que el hombre tenga conocimiento de una vida interior que tiene mucha riqueza escondida. No se trata de conseguir una consciencia más poderosa que la usual sino «distinta», simplemente completándola con una parcela perdida, la de «sí mismo».

Se nos dice con razón que el problema de la «angustia existencial» de nuestros días es que el hombre vive perdido fuera siempre de sí, esclavo de necesidades y urgencias no siempre justificadas pero que hacen que su cuerpo resulte cansado, acaso enfermo, que sea más lastre que fuente o refugio de felicidad como debe ser. Se piensa que deberíamos empeñarnos en lograr que el hombre simplemente cambiara pensando más en él, que fuera más creativo en las soluciones, más imaginativo frente al consumismo devorador, más sencillo necesitando menos.

Como vive hacia fuera así se le presenta también, y enseñamos a los alumnos sólo el hombre del movimiento y de los clásicos

lejos. Sin eludir el problema de la muerte del hombre y su resurrección, sino frente a él, desde su antropología científica y cristiana Lain se crece y afirma que el hombre «es» su cuerpo.

La influencia declarada en su obra de la «antropología filosófica» de Xavier Xubiri es notoria. Para nuestro trabajo ha sido este gran filósofo otro pilar, habiendo supuesto su «trilogía sobre la inteligencia» una posibilidad de despegue en nuestra interpretación de la dinámica psíquica superior. (Nos referimos a «Inteligencia y Razón». Alianza Editorial. Madrid. 1981-1983).

3.- Me refiero a mi libro «Anatomía de la Consciencia». Edit. Andes Internacional. Barcelona. 1968.

sentidos exteriores, sólo los caminos anatómicos de relación externa, y ese hombre se nos queda vacío; vivimos en la cabeza –como antena en el mundo de fuera también– y la cansamos, y no en el cuerpo de los recursos de la salud.

El camino que debemos utilizar pues los anatómicos para conseguir la «nueva consciencia» animadora no es sino el de la aproximación a una «fenomenología corporal íntima»; tiene que ser el descubrimiento de senderos interiores lo que facilite el cambio.

Estando en esa búsqueda, vinimos a conectar en los años sesenta con grupos que se les tenía por «esnobistas» porque practicaban técnicas de «relajación» e «interiorización»; seleccionados, nos interesaron desde el principio porque predicaban ejercicios corporales de entrenamiento mental que se presentaban con la posibilidad de conocer y después disfrutar en/y de nuestro «cuerpo interior»; fuimos receptivamente a ellos y aprendimos, personal y profesionalmente.⁴

Sin entrar en detalles innecesarios, comprobamos que estos procedimientos de interiorización sirven para adentrarse en sensaciones que significan efectivamente el lenguaje de un cuerpo interior, que se ha llamado también «intracuerpo», «corporalidad», «cuerpo vivido», «eidosoma», etc., palabras todas que vienen a hablarnos de una realidad fenomenológica íntima.⁵

4.- La «Sofrología» está entre los esfuerzos más serios para el conocimiento de la fenomenología de la conciencia. Fue muy provechoso en este sentido el encuentro con ella allá por los años sesenta, y la colaboración estrecha con su fundador Alfonso Caycedo, colaboración que con fluctuante intensidad continúa en la actualidad. Para presentarla con seriedad, Caycedo publicó en 1973 su obra en tres volúmenes «Sofrología Médica. Oriente Occidente», editada por Aura, de Barcelona.

5.- José Ortega y Gasset fue el introductor contemporáneo del concepto de «intracuerpo». En los años setenta José Luis López-Ibor presentó el término

Normalmente no la sentimos, y no lo hacemos porque se trata del lenguaje de la salud, que por serlo es silencioso como el de la enfermedad es llamativo. Percibimos la actividad o importancia de nuestros pulmones, estómago, músculos, corazón, etc., cuando nos convertimos en asmáticos o ulcerosos, o padecemos «agujetas» o el corazón palpita de una manera anormal y llamativa; nuestro cuerpo se hace vivo en la enfermedad y es silencioso y armonioso en la salud. Pues bien, todos esos métodos de relajación, meditación e interiorización aludidos, aunque busquen metas más lejanas inicialmente tratan de captar la «armonía» interior, de percibir el lenguaje de la salud y encontrar en él el antídoto a la tensión y al estrés.⁶

Siempre han resultado claros los caminos ruidosos y expresivos de la información exterior; lo anatómicamente difícil es señalar los silenciosos de la salud. Ha sido para mí un auténtico placer —y también un reto— estudiarlos; incrementando los sentidos clásicos con otros que miran hacia dentro como la «cenes-tesia» y la «cinestesia», sentidos de la vida visceral y de la más

de «corporalidad» (J. L. López Ibor y J. L. López-Ibor Ariño. «El cuerpo y la corporalidad». Gredos. Madrid. 1974), y fue recientemente Miguel Rojo Sierra quien lo hizo con «eidosoma»; todos tienen parecido significado y se refieren a la posibilidad de vivir un «cuerpo interior». En cuanto al enorme trabajo sobre la investigación de la consciencia humana del último de los autores citados, que es uno de los primeros especialistas en ese complejo tema, se puede conocer de su mano en la amena y rigurosa síntesis que presentó en 1987 en la Real Academia de Medicina de Granada, titulada «Curso y hallazgos de las investigaciones sobre la conciencia y sus estructuras».

6.- Hardols H. Bloomfield, M. P. Cain y Dennis T. Jaffe, hacen una presentación de los efectos de las técnicas de Meditación Trascendental en este campo de un modo que diríamos completo, con excursiones a la filosofía, psicología y fisiología. Ofrecen una panorámica interesada pero muy interesante y de amplia aplicación si se tiene una mediana madurez en estos temas («TM (Meditación Trascendental), descubrimiento de la energía interna y superación del stress». Grijalbo. Barcelona. 1977. Son numerosas las obras en esta línea).

fina actividad basal del movimiento íntimo, auténtica «fenomenología para una nueva consciencia».⁷

Con ellos, una persona bien ejercitada o entrenada puede entender y tener vivencias claras y gratas de la relajación muscular a nivel del tono basal (muy distinta de la distensión del descanso ordinario), modificar el latido de un corazón agitado, tener a voluntad sensaciones confortables de peso y calor o por el contrario de ligereza, sentir el fresco que inspiramos y la complacencia de la respiración abdominal, especializarse en la distensión muscular voluntaria hasta vencer viejas tensiones, deshacer dolorosos espasmos orgánicos, vaciar la mente y cambiar hacia el «positivo» el sentido de la información con la que trabaja como una computadora, dormir y descansar integralmente en suma, con amplias repercusiones metabólicas beneficiosas.⁸

Todo esto parece significar que el aprendizaje y la práctica nos permiten ir ampliando los contenidos de la consciencia, sometiendo suavemente al conocimiento y la voluntad funciones corporales antes desconocidas y perdidas, que por eso se consi-

7.- Una síntesis muy bien elaborada y con extraordinario rigor científico sobre la «fenomenología» puede leerse repartida en varios capítulos de la obra de Miguel Rojo Sierra «Fundamentos Doctrinales para una Psicología Médica», centrada aquella lógicamente en Husserl pero desarrollada entre Dilthey y Max Scheler. El «fenómeno» como «acontecimiento vivencial», como hecho «vivido» por alguien, como «esencia» no mediatizada, como «fruto» de la «conciencia pura», se separa del «psicologismo» del primero y camina hacia la fenomenología «sentimental» o «afectiva» del segundo, que para mí tiene un extraordinario atractivo en el camino de la trascendencia y la mística (Creaciones Gráficas. Barcelona. 1 edición 1978).

8.- Al hablar de la relajación en estos términos, no podemos olvidar la importante aportación científica y práctica que supuso en occidente la obra de J. H. Schultz, «El entrenamiento Autógeno. Autorrelajación contemplativa» que sigue vigente. Es curioso conocer cómo en los años treinta se introduce profundamente el autor en el pensamiento oriental y hace unas consideraciones

deraban del todo automáticas al realizarse sin intervención de aquéllos.

Fenómenos corporales «extraordinarios» en Oriente

En este camino, no puedo silenciar –porque me parece muy aleccionador– el sorprendente testimonio de maestros en estas técnicas como son los «yoguis» consagrados. Hombres como nosotros pero con voluntad y disciplina excepcionales y sublimes motivaciones, llegan a parar temporalmente su corazón o respiración sin riesgo, y hacer todo eso que hemos dicho con gran perfección a través de un increíble dominio de sí; llegan hasta a cambiar a voluntad la dinámica fisiológica que parecía inmutable, haciendo, por ejemplo, que un peristaltismo centrífugo como el evacuatorio del intestino, pueda ser invertido para absorber metros y metros de tiras de lino en una concienzuda limpieza digestiva; como por la uretra absorber también y expulsar líquidos con los que limpian la vejiga.

Para el anatómico todo esto es un verdadero reto: ahí están llamando a la puerta las ahora mal conocidas vías conscientes de la sensibilidad interior, el control al menos semivoluntario de ciertas funciones actualmente automáticas, el descubrimiento de nuevos sentidos así como el aprendizaje de también nuevas sensibilidades, todos hechos destacables para enriquecer la presentación del hombre conocido y una incontenible motivación para seguir su estudio.

Pero siguiendo los senderos corporales interiores se puede llegar aún mucho más lejos. Dinamizado y enriquecido el cuerpo a través de los simbólicos y energéticos ejercicios típicos, el

que podrían considerarse novedosas todavía hoy, sintiendo una necesidad que hemos compartido. Su obra, que apareció en 1931 en versión original alemana, la conocimos en la versión española de Científico-Médica publicada en 1969 en Barcelona.

«yogui» va liberando poco a poco en su camino planos más profundos, enfrentándose a resistencias más hondas como las de los impulsos instintivos que gobiernan la vida, superándolos no con poco esfuerzo cuando consigue frugalizar hasta el límite la nutrición, sublimar la sexualidad, y vivir casi de la nada.

Así, aislados prácticamente de lo exterior y su mente de las informaciones o aferencias relacionadoras usuales, sin apenas referencias de un cuerpo sometido y acallados sus instintos, su dinámica consciente se nutre casi exclusivamente de los estímulos interiores que alimenta el deseo, sufriendo lo que en la enfermedad se llaman «alucinaciones» y aquí son signos de evolución; cuando «ven imágenes», «oyen campanas» o «distinguen luces», todo imaginativamente, están empezando a vivir su experiencia interior religiosa más profunda: el «samadhi», el «éxtasis de la iluminación» donde todas sus energías se vierten en el «encuentro» quedando su cuerpo como muerto y su consciencia absolutamente expandida.⁹

Por su parte, la tradición hinduista de los «sidhis», insiste en las supuestas capacidades dormidas que el hombre posee y que en otro tiempo disfrutó. En el interesante «sidhi de la levitación» o «sidhi vuelo» de la MT, se interesa la consecución de un estado de identificación cuerpo-mente tan profundo que se llega a una absoluta fusión donde «todo es consciencia y sólo una consciencia»; en un momento determinado y con ayuda de un «mantra» directivo, el cuerpo obedece a los deseos de la mente de saltar como si fuera ella misma, y lo hace como desafiando la gravedad en espectaculares desplazamientos propios

9.- La narración de A. Caycedo de su viaje a Oriente, publicada inicialmente en inglés y con el título español «La India de los yoguis», aparte de muy amena, es muy aclaratoria del fundamento filosófico y religioso de los caminos de estas prácticas místicas (Scientia. Barcelona. 1971. Existen ediciones posteriores). Desde luego el «yogui» se resiste a hablar del «samadhi».

de una actividad elemental puramente impulsiva, movida por una energía interior desconocida y poderosa que se suele llamar «kundalini» en esas esferas.¹⁰

Me gustaría contarles mi experiencia e interpretación de estos hechos pero sería largo, pero lo que sí me interesa sin embargo y por respeto, es dejar claro que en el caso del «vuelo» como en el del anterior ejemplo del «samadhi», lo importante no es la fenomenología corporal que aquí destaco por mi oficio sino la «viviencia» de expansión de consciencia de la que se disfruta, y que se describe una y otra vez como «gozo inmenso», «visiones infinitas», «luces deslumbradoras», «Dios», en definitiva el sentimiento de una experiencia espiritual profunda, inaudita y transformadora. En el fondo del cuerpo del hombre está pues la fuerza de su «espiritualidad».¹¹

Si hemos pronunciado las comprometidas palabras «iluminación» y «levitación», no queremos substraernos a la pregunta que sin duda se nos estará formulando en silencio: «¿es que puede haber una aproximación científica –y específicamente anatómica– que explique estos fenómenos, si es que los admitimos?»¹²

10.- La energía «kundalini» así como su relación con los «chakras» y su significación e influencia, es tema fundamental del «Sidha Yoga», y se puede entender en todo su alcance en la extensa obra de Swami Muktananda, uno de sus más destacados «gurús». Entre otros, su libro «El Juego de la Conciencia» es muy instructivo a estos fines y supone una visión panorámica de su doctrina que debe ser leída por quien quiera profundizar en estos temas (Fundación Syda. N. Y. 1981. Traducción española de «Play of Consciousness»).

11.- Una aproximación al significado literario y místico de los «sidhas» se puede obtener directamente de «Los Yoga Sutras de Patanjali» (Ch. Johnston. Kier. Buenos Aires. 1977; hay variadas publicaciones al respecto) y, de una manera más elaborada, de nuevo directamente de Swami Muktananda en su obra «El secreto de los siddhas» (Syda. N. Y. 1982. Traducción de «The Secret of the Siddhas. 1980).

12.- No son extraños estos fenómenos en Oriente, y para confirmarlo está la sorprendente narración que hace Alexandra David-Neel sobre estas singulari-

Ciertamente; en anatomía existe la teoría del «cerebro trino» aplicable a nuestro juicio a una interpretación de estos hechos, de manera que en el cerebro del hombre parece poder distinguirse tres niveles morfodinámicos, siendo el más profundo y nuclear de todos uno centrado en el hipotálamo donde se asienta todo lo que de inconsciente colectivo, impulsivo, ancestral, cósmico y religioso, tiene el hombre. Cada nivel más superficial –subiendo desde el arcaico nuclear hasta la corteza– va asimilando las funciones del inferior y por tanto «reprimiéndolo».

Basándome en propia experiencia y apoyándome en el innegable testimonio de los fenómenos narrados, me atrevo a proponer que se debén a un procedimiento de profundización de consciencia consistente en ir perforando niveles hasta liberar el más profundo de tan sorprendente fenomenología.¹³

Considerando que el anatómico ha de acudir a donde se hable del cuerpo para enriquecer su propia visión del mismo, yo no puedo olvidar la riqueza que hacia su simbolismo espiritual aportan, cada una a su modo, las «tradiciones iniciáticas», las «escuelas de misterios», el «chamanismo» y afines, y todas esas tradiciones que se quieren marginar en el prepotente y descalificador «esoterismo» pese a la gran tradición y riqueza cultural de algunas. Aunque me cuesta renunciar, una introducción

dades orientales en su obra «Místicos y Magos del Tibet». Espasa-Calpe. Madrid. Hemos leído una edición de 1968).

13.- La teoría del «Cerebro trino» fue propuesta por R. L. Isaacson en 1974 («The Limbic System». Plenum. N. Y.) basada en el descubrimiento en 1937 del «Circuito de Papez», ampliado por Mac Lean en 1958. Con sentido filogenético, del cerebro más profundo al más superficial, les llama: «reptilian», «peleomammalian» y «neomammalian». A partir de la propuesta de Papez se pudieron conocer mecanismos superiores coordinadores e integrativos de la conducta humana.

en tan complejo tejido nos llevaría a donde no tenemos tiempo de ir.¹⁴

De acuerdo con tantos testimonios y al margen de un análisis valorativo y comparativo de tantas posiciones, creemos que ha de haber un lugar para el hombre más allá de la propia evidencia; no todo lo que sucede en él tiene que explicarse con los parámetros al uso. El propio hombre no puede dar explicación suficiente ni a su mismo cuerpo porque él no ha sido creador sino usuario, y por tanto pensamos que quizás para conocerlo y situarlo mejor se haya de saltar de lo material a lo inmaterial, de lo verificable a lo confiable, de la lógica a la intuición, y si queremos seguir en el nivel en que estamos, de la evidencia a la esperanza y la fé.

¿Dogmatismo occidental?

Los ejemplos de la «iluminación» y de la «levitación» por caminos corporales seguro que habrán sorprendido a algunos, así como movido a otros a la sonrisa y a muchos más a la incredulidad, creo que con toda legitimidad, pero veamos cómo los encontramos fundidos como hecho histórico asumido en el «éxtasis» de nuestros místicos, y nunca nos ha parecido extraño ni risible, sino admirable, el ejemplo de la santa abu-

14.- Una introducción a este complejísimo tema, falto de una sistematización que estamos intentando, se puede hacer a través de la interesante síntesis «Los caminos del espíritu. Escuelas y Maestros», que comenzó a publicar la editorial Barath, de Madrid, en 1988.

Para una aproximación a temas «esotéricos» (escrito con respeto por cuanto me han interesado mucho sus planteamientos) de más reciente aparición, es adecuado el libro «Grupos de Encuentro», versión española del libro original francés de igual título, escrito por C. Dreyfus (Centre d'Étude et de la Promotion de la Lecture. Paris. 1977. La versión española está editada por Mensajero. Bilbao. 1977).

lense «raptada de amor» y «levitando» en el coro de su convento.¹⁵

Sin reflexionar quizás demasiado, hemos aceptado históricamente hechos extraordinarios por atribuirlos a santos; hasta la exigente Iglesia los ha confirmado de manera exhaustiva para aceptarlos como testimonio de santidad, pero cuando nos situamos en una aproximación científica —unos y otros, creyentes o no— cambiamos radicalmente de postura y nos parece hasta ridículo hablar de ello. ...Y lo curioso es que no es sólo ese ejemplo sino que en los santorales del cristianismo se encuentran ejemplos repetidos hasta la saciedad de todos los fenómenos que llamamos «sobrenaturales» o «paranormales», nunca normales desde el «dogmatismo descalificador».¹⁶

15.- Jesús Martí Ballester, está haciendo un magnífico trabajo sobre los místicos. En sus obras «Las moradas de Santa Teresa leídas hoy» y «San Juan de la Cruz. Noche oscura leída hoy», nos introduce de una manera seria en la personalidad y la experiencia de ambos, cuyo conocimiento es imprescindible para hacer deducciones sobre la fenomenología mística corporal. (Ediciones Paulinas. 1987 y 1983, respectivamente).

A propósito del «raptó» de consciencia y la «levitación» la santa escribía, entre otras muchas cosas hermosas: «Estando así el alma buscando a Dios, siente, con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer con una manera de desmayo que le va faltando la respiración y todas las fuerzas corporales ... es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los delites y sobre todos los contentos, y más... Muchas veces querría yo resistir y pongo todas mis fuerzas ... me parecía cosa extraordinaria, y que había que dar mucho que hablar; y así mandé a las monjas que no lo dijese ... tendíame en el suelo, y acercábanse a sujetarme el cuerpo, y todavía se echaba de ver ... cuando quería resistir me parecía que desde abajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes que no sé como compararlo ... gran temor, grandísimo; porque verse así levantarse un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu lo lleve tras sí y es suavidad grande si no se resiste, no se pierde el sentido...».

16.- Se puede confirmar esta afirmación en el gran libro de Juan G. Arintero, O. P. «La evolución mística en el desenvolvimiento y vitalidad de la iglesia» (Biblioteca Autores Cristianos. Madrid. 1952). Introducida por M. Lozano, la biografía de Arintero nos sorprende por su densidad y frescura ¡y por su actualidad!

Sinceramente creemos que en nuestras latitudes vivimos ese dogmatismo que «margina» todo aquello de difícil explicación y quizás no motiva a lo singular. Por eso, para acercarnos a esos caminos orientales de interiorización con/en la consciencia, que han abierto tantas posibilidades de auténtica expansión personal, hemos tenido que vencer no pocas dificultades iniciales, y no sé cuantas nos quedan aún sólo para explicarlo con una mínima aceptación de su parte.

La primera fue el hecho de que en la profundidad de la consciencia, en ese camino que allá resulta expansivo, hemos instalado en occidente el ya citado «inconsciente», considerado generalmente como algo distinto, difícil y oscuro, un lugar de experiencias fallidas, de conflictos no resueltos, de arquetipos ancestrales; de sueños e imágenes automáticos y simbólicos, en definitiva el hogar de «lo no consciente», lo que supone —a mí me lo ha supuesto, sin duda— un gran obstáculo para una expansión positiva.

Con significativas excepciones, en nuestra cultura el inconsciente suele ser como un «tabú» de la consciencia, mientras que en oriente se incluye positivamente en ella siendo ésta pues un «continuo de todas las posibilidades»; para colmo, allí, si se aceptara una parte inconsciente sería justamente lo más importante bajo el punto de vista individual, «la consciencia de todos los días» (si tengo hambre, como; si sed, bebo; si cansancio, duermo) y en esa relación que tiene con instintos e impulsos profundos se consideran estos como la verdadera fuerza existencial y fuente de las posibilidades creadoras.¹⁷

Es más; en la clásica división de la consciencia en el «yo», el «ello» y el «super yo», es decir los niveles de identidad, de inconsciente y de consciencia ordinaria, en occidente el «ello»

17. Lo que se puede entender por «continuo de consciencia» puede deducirse del estudio de la obra concisa pero ambiciosa de K. Wilber. («La consciencia sin fronteras». Kairós. Barcelona. 1985).

es la «no consciencia», lo «otro», mientras que en oriente es el «sí mismo».¹⁸

De modo parecido y en relación a esas experiencias de éxtasis citadas, en occidente hemos creado también el nivel de lo «sobrenatural», que nos permite atribuir a una fenomenología «superior» lo que no se explica por los métodos usuales de apreciación; y lo «paranormal», como lo que no siendo natural sino extraordinario tampoco se puede atribuir a la «gracia gratis dada» de lo sobrenatural.¹⁹

Así las cosas, lo científico sigue siendo científico con cierta prepotencia, lo sobrenatural cuestión que poco inquieta porque es artículo de fé y se asume bien por quien la tenga, y lo paranormal una especie de aparcamiento de los fenómenos no ordinarios cuya evidencia parece cierta aunque falte una comprobación científica... Y mientras tanto nuestro hombre occidental se empobrece porque el camino de lo «sobrenatural» no parece asequible a la mayoría, y lo paranormal no es deseable porque implica un tanto de «anormalidad», y así aparece condenado a la vulgaridad de lo que se demuestra o se ve, y pasto del consumo. Sin embargo, la reciente aparición en occidente de una «psicología transpersonal» que —además de su rica personalidad— no choca sino que asimila y/o explica la

18.- De todas formas, a lo largo de la extensa obra de Ernst Jung se respira ya un inconsciente más abierto y fortalecedor con la liberación del «sí mismo» a través de un proceso de individualización. Lo podemos ver sintéticamente en la presentación científica que hace Miguel Rojo de parte de la obra de aquel en el libro «Exposición metódica de la psicología de los «complejos» de Carlos Gustavo Jung» (Eunibar. Barcelona. 1982).

19.- Es digna de destacar la labor que en España realiza José María Pílon, S. J., desarrollando una parapsicología científica, fuera de reductivos dogmatismos e incluso como labor pastoral. En 1980 presentó su obra «Temas de Parapsicología», publicado en casetes, que representa un gran esfuerzo divulgatorio de altura (Inelva. Madrid). Constantes cursos y conferencias que él promueve han situado a la parapsicología española a un gran nivel.

que implican las filosofías orientales, lo que la enriquece aún más, es un soplo de aire fresco que lamentamos no poder comentar con cierta extensión porque ha sido ventana que se abría iluminando nuestro a veces camino de tinieblas.²⁰

En oriente —excuso la reiterada pero merecida referencia— todos los fenómenos citados caben con normalidad en la fenomenología corporal usual de la «consciencia expandida», y así, el hombre que siente la espiritualidad sabe que hay caminos para lograr su accessis y los busca intuitivamente. A nuestro juicio la tradicional religiosidad del «oriental» se basa no tanto en una especial capacidad individual sino en una facilitación social de su desarrollo.²¹

En su práctica ascética avanzada son comunes los fenómenos de levitación, clarividencia, bilocación, y tantos otros que aquí son «paranormales» y allí síntomas de evolución positiva del «ser», no siendo nunca situaciones que haya que buscar sino que espontáneamente surgen en el camino místico. Tan «normales» son los fenómenos extraordinarios del cuerpo estimu-

20.- El campo de la moderna «psicología transpersonal» ha permitido la confluencia beneficiosa y creadora entre el pensamiento oriental y la psicología occidental que estuvieron desgraciadamente tan distantes. Abraham Maslow, creador de la «psicología humanística» aparece liderando también la «psicología transpersonal» como una necesaria ampliación —es su opinión— de la primera (A. H. Maslow, Ram Dass, Fritjof Capra, Ken Wilber y otros. «Más allá del ego». Textos de Psicología transpersonal». Kairós. Barcelona. 1982).

La obra de T. Tart «Psicologías transpersonales. Las tradiciones espirituales y la psicología contemporánea», en dos volúmenes, nos parece también un excelente y recomendable trabajo que nos ha sido extraordinariamente esclarecedor y útil (Paidós. Buenos Aires. 1979).

21.- Ramiro A. Calle, en su obra «Psicología y pensamiento de oriente. La conquista de la mente y la evolución interior», hace un estudio muy serio y detallado de estos temas que nos ha servido de introducción a ellos y nos muestra la profundidad y el alcance de aquellas tradiciones. (Pirámide. Madrid. 1979).

lado que hemos leído serias propuestas de «caminos físicos para encontrar a Dios» como cosa natural y segura, lo que quiere decir que quien lo busque le basta sencillamente con desearlo y esperararlo y lo encontrará espontáneamente en sí mismo.²²

Lo que en anatomía podemos decir de todo esto es que la «fenomenología corporal extraordinaria» —que no hemos eludido pese al riesgo— no requiere de un cuerpo distinto, y que todas las capacidades humanas, incluso las más desconocidas y sutiles por ser infrecuentes o extraordinarias, han de estar en potencia en el cuerpo de cualquiera, para no tener que aceptar que los hombres estamos creados de distinta manera, unos mejor que otros. ...Y queremos añadir con convicción que el camino evolutivo de nuestra consciencia, de profundización perceptiva primero, de interiorización meditativa después, y siempre de búsqueda de nuestra «mismidad», se ha de seguir ciertamente a través del cuerpo y por el sendero contrario al de los clásicos sentidos que nos sacan fuera; que lejos de mirar el hombre espiritual hacia arriba y elevar los brazos hacia un infinito exterior, se debe ensimismar en su intimidad psicofísica para caminar hacia el «hogar» natural de su autenticidad, la «fuente» de todas sus energías y posibilidades, aunque seguramente hará el camino en soledad y en la incompreensión de los otros, sin otra norma que su esperanza ni otro apoyo que el vivo deseo.²³

22.- En este sentido consideramos de mucho interés la lectura del libro «La Ciencia del Ser y el Arte de Vivir» de Maharishi Mahesh Yoqui (Era de la Iluminación. Barcelona. 1981. Traducción española de «The Science of Being and Art of Living». 1963). En el capítulo quinto habla de los «cinco caminos para la realización de Dios».

23.- El libro de Hugo M. Emomiya-Lassalle «Vivir en la nueva consciencia» es uno de oración cristiana a través de la meditación «zen». El autor habla

Intuición. Equilibrio hemisférico

Estamos hablando de nuevas situaciones difíciles de explicar a la luz de la ciencia próxima y eso exige una vez más la consciencia «enriquecida» de la que venimos hablando. Frente a la razón del análisis parece que es el desarrollo de la «intuición» el camino. Se trata de una capacidad creativa que se ha tenido considerada como de condición menor a pesar de reconocerla como la «musa» del artista y el sabio o el creador en suma. Es como una intelección inmediata de una verdad que «se viene» más que «se busca».

Los dos hemisferios que el cerebro humano posee y donde se instalan sus capacidades, son primitivamente idénticos y equipotenciales, pero al especializarse y hacerlo uno en lo intelectual ha venido a ser «dominante» respecto al otro. El hombre moderno es absolutamente dependiente de la creación técnica y de su consumo, y apenas tiene ya autonomía para lo más elemental, sintiendo una esclavitud que a veces cristaliza en lo que hemos venido a llamar «angustia existencial».

En los últimos decenios hemos llegado a darnos cuenta de la necesidad de recuperar las habilidades perdidas y se trata ahora de la «reconquista» de ese hemisferio dominado para que el hombre disponga de ambos, cada uno con sus misiones. Y debe ser así, porque si el hemisferio izquierdo (en los diestros, la mayoría) es el intelectual, el musical, el aritmético, el deductivo, el planificador, no puede menospreciar al derecho que es el corporal, el del ritmo, el sintético, el creador, habilitado e intuitivo. La suma de calificativos para este último sir-

de una «mutación» de la consciencia, y el editor le compara consecuentemente a Teilhard de Chardin como precursor de la «nueva consciencia» que le permite al hombre experimentar el «punto Omega»; y añade que con la práctica el autor ha experimentado las «aguas fontales de Dios».

ven para concluir que estamos ante un hemisferio de extraordinaria categoría que hay que hacer evolucionar.²⁴

A la conquista del hemisferio derecho van pues hoy muchos de los esfuerzos neuroanatómicos, psicológicos y hasta sociales. Se trata en conjunto de escapar de lo que de inhumano tengan las exigencias y normas de la sociedad que habitamos —basadas en el imperio de la productividad y la eficacia «lógicas»— cuando sintamos la necesidad de buscar una vida sencilla e imaginativa, que además de más saludable puede resultar también creadora de otras posibilidades.²⁵

Neuroquímica de la felicidad

Estamos hablando de «armonía interior», de la manera de combatir la angustia y el estrés, de lugares profundos donde parece esconderse la «felicidad», hasta de lo que debe ser la suprema felicidad del éxtasis de los santos, y creo que debemos afrontar el tema: hablemos de «felicidad» como capacidad que tiene el hombre de ser feliz, y mucha gente lo es.²⁶

24.- Thérèse Brosse ha realizado una espléndida labor en su libro «Consciencia-Energía» que para mí se ha convertido ya en un «clásico» de la consciencia que de ese modo titula. Cualquier tema con esta referencia es abordado en su libro con claridad y fundamento (Taurus. Madrid. 1981).

Hace unas acertadas consideraciones sobre la «intuición» como «descubridora de la verdad». «De pronto vé lo que no advirtió toda la vida: que el «ego» se atribuyó todas las experiencias que ella realizaba y animaba». Sitúa el «nivel intuicional» en el último peldaño de las estructuras psicológicas», quedando más allá las espirituales y divinas.

25.- Para el buen conocimiento de las funciones del hemisferio derecho fueron decisivas las investigaciones de M. S. Gazzaniga y R. W. Sperry. Sus respectivos trabajos «El cerebro dividido en el hombre» y «La Gran comisura cerebral» pueden leerse en «Psicología contemporánea». Selecciones de «Scientific American». Blume. Barcelona. 1975.

26.- El ilustre neurobiólogo José M. Rodríguez Delgado nos habla extensamente y de todo eso en su libro «La Felicidad. Dónde se siente y como se

Parece que no es serio que un anatómico hable de tal cosa, como si el hombre que explica no se sintiera a veces feliz o no quisiera serlo siempre. Seguro que, en cambio, yo podría referirme sin llamar la atención a la «ansiedad», y parecería lógico en un médico; no nos damos cuenta que ésta nos preocupa justamente porque supone la pérdida de aquella. Lo que sucede otra vez es que la salud se nos da y es silenciosa y parece que no necesitamos ocuparnos de ella, error que se evidencia cuando se pierde frente a la infelicidad del dolor, de la angustia, o de la enfermedad establecida.

Pero, ¿verdaderamente podemos hablar de un substrato de la felicidad?; diríamos que sí. Partamos del placer que es camino de felicidad, aunque no lo sea plenamente por ser aquel más concreto e intenso y ésta más suave aunque permanente o sostenida.

Hay estructuras anatómicas reconocidas en el hipotálamo como «centro del placer», hasta el punto de que el animal que puede autoestimularlo a través de la implantación de sofisticados mecanismos, se agota en el esfuerzo de conectar miles y miles de veces el resorte que le proporciona su permanente disfrute. Añadamos a eso la creciente cantidad de sistemas de «filtros contra el dolor» que se van descubriendo a lo largo y ancho del sistema nervioso del hombre cuya misión obviamente es la de dificultar un paso que proporciona infelicidad.²⁷

alcanza. Cómo cultivarla y aumentar la felicidad personal» (Temas de Hoy. Madrid. 1988).

Por su parte, Julián Marías, nuestro no menos ilustre filósofo, se extiende también sobre este tema en su magnífico trabajo «La felicidad humana» (Alianza. Madrid. 1987). Se trata de dos obras de auténtico compromiso personal.

27.- R. Melzack y P. D. Wall comunicaron en 1965 una nueva teoría sobre mecanismos de autocontrol del dolor («gate control theory») de enorme trascendencia fisiológica y clínica. («Pain mechanisms; a new theory». «Science», 150, 971-979).

Pero se nos dice —y estamos de acuerdo— que para pasar del placer biológico a la felicidad, para aproximarnos a un sentimiento tan sutil, hay que conseguir ir saltando de lo material a lo inmaterial, porque el placer es la función de un substrato pero la felicidad un estado. Si ésta es una «perfección» sentida en el cuerpo tendremos que elevarnos un poco y contemplar el funcionamiento acorde de todos los mecanismos de salud para que emerja como experiencia íntima.

Tendríamos que partir pues del buen funcionamiento de la infinidad de circuitos complejos que hay en el sistema nervioso de los que no hemos dado sino contados ejemplos, para pasar al de los cerca de cincuenta mil millones de neuronas que se calculan funcionando; tendríamos ahora que pasar sobre esos millones de neuronas para llegar a cada uno de los miles y miles de contactos sinápticos que puede establecer cada una con otras; descubramos en estos últimos la sutil actividad de los «neurotransmisores» que abren un infinito campo de delicadísimas posibilidades.

Afinando, se descubren todavía entre ellos unas sustancias llamadas «endorfinas», especie de «morfinas humanas autofabricadas» que el organismo moviliza en ciertas circunstancias para producirse él mismo «felicidad», y antes se localizaron y analizaron unos receptores especializados, auténticos «fijadores de felicidad».²⁸

28.- El descubrimiento de las «endorfinas» con su actividad opiácea fue uno de los grandes hechos bioquímicos que permitieron el enlace directo, clínico y experimental, entre estructura y sentimientos. Se podrá hablar en este campo de la «neuropsicobiología» de un antes y después de las endorfinas. Se cita la publicación histórica de R. T. Guillemin «The Endorphins: novel peptides of brain and hypophysial origin, with opiate-like activity: biochemical and biological properties». «Annals of N. Y. Academy of Sciences», 27. 1977.

Estamos en la encrucijada, en el puente entre lo material y lo inmaterial; como anatómicos que somos no podemos perder de vista que hay un substrato que es el cuerpo, que tocamos y se ve, pero como humanistas que queremos ser tratamos de señalar en él senderos y claves que aunque se nos alejen sabemos que van hacia metas cada vez más distantes y sublimes, con intuición de que las hay. Si, como es evidente, el hombre puede llegar a ser feliz, tiene que tener los resortes para serlo, y esos resortes han de relacionarse tanto con estructuras en origen como con metas en destino.

...Y detrás de la «biología molecular» viene la «física moderna», que parece «abrir el campo de todas las posibilidades» y que yo evito en esta lección con responsabilidad y con pena; la primera porque no cabría en unos párrafos la más breve excursión por su campo, y la segunda porque soy consciente de que sin una aproximación a ella no se puede llegar a comprender ese «fondo armonioso» de la consciencia que pregonamos. Sin la física moderna no se puede caminar hoy en el campo de la vida.²⁹

29.- No se puede reflexionar hoy sobre el universo y la humanidad sin hacer una profunda excursión a la moderna física, de enorme alcance. Stephen Hawking en su «Historia del Tiempo» (Crítica. Barcelona. 1989) trata de desvelarnos nada menos que la «compleja danza geométrica creadora del mundo y de la vida».

No hubiéramos podido nosotros adentrarnos en el «vacío armonioso de la consciencia cósmica», sin una aproximación suficiente en la «microfísica». Presentada como un puente con la mística y narrada con cierta facilidad, la podemos encontrar en las obras de Fritjof Capra y Christian Tourenne, el último en constante referencia a la labor del primero pero en una oferta más divulgativa. (F. Capra. «El Tao de la Física. Una exploración entre los paralelos de la física moderna y el misticismo oriental». Cárcamo. Madrid. 1984; C. Tourenne. «Vers une science de la conscience». Edit. L'Age de l'Illumination. 1981).

«Autoconsciencia». *Hombre «emergente»*

Quisiéramos llegar hasta el extremo y aproximarnos también al cuerpo del «hombre trascendente», del «hombre emergente», porque hay gente, mucha, que cree en sus posibilidades.

A utopía o a ciencia-ficción sonará ya y definitivamente a algunos nuestros planteamientos por hablar ahora de la «anatomía del hombre emergente» que parece que es «poner barreras al campo», pero de lo que aquí se trata es de concluir al final, como colofón a todas las consideraciones «progresivas» que venimos haciendo, que por encima de todo «brota», «emerge», resulta un «hombre total», con todo, absolutamente todo lo que de él se pueda decir o a él atribuir.

Por «emerger» queremos significar «salir de sí hacia un destino»: hacia los demás el «hombre social»; hacia su creador el «hombre religioso»; hay hoy posturas intermedias y novedosas como la que habla del «hombre cósmico» que yo entiendo de religiosidad no declarada.

Me siento entre los creyentes, pero aunque sólo fuera por «egoísmo científico» me empeñaría en seguir el rastro del hombre que llegue más lejos, porque así el cuerpo que explico me dura más, me sirve para más cosas también; evidentemente, la «emergencia» no la concibo sin el cuerpo.

En «neuropsicoanatomía» la palanca de la emergencia se llama «autoconsciencia». Se dice del hombre que es el único animal que posee en su cuerpo resortes para tener «consciencia de que tiene consciencia», «consciencia de sí mismo», lo que entra directamente a dotarlo de responsabilidad y libertad: consciente de las consecuencias de sus acciones y de la plenitud de sus capacidades puede elegir libremente conducta y destino. En algún lugar hemos escrito ya sobre el substrato anatómico de la «responsabilidad» y «la libertad», centrado en

las capacidades de los circuitos que pasan por las áreas prefrontales, lo más «humano» del cerebro.³⁰

La capacidad superior de la «autoconsciencia» es de tal categoría que se nos dice que es el producto de una auténtica mutación filogenética, concepto éste que abunda de nuevo en esa reiterada condición de emergencia. Lo que sí es rotundamente cierto es que los lóbulos prefrontales están sufriendo un notable desarrollo, incluso dentro de la propia especie «Homo», y a esa palpable evolución se vincula el sendero por donde el hombre escapa hacia su destino; queremos simplemente señalar la zona que neuropsicológicamente se considera la más noble que el hombre tiene en su cerebro y no localizar capacidades ilocalizables.³¹

Últimas dificultades

Como véis, una última lección tan comprometida no puede ser alarde de otra cosa que de sinceridad, que será ingenuidad para algunos y hasta temeridad para otros, y para ser sincero del todo os confieso que en estas últimas excursiones por tan sutiles niveles, y siempre con el cuerpo anatómico a cuestas, encontré muchos «dogmatismos» que estuvieron a punto de hacerme desistir.

30.- Una visión de lo que yo entiendo por «neuropsicoanatomía» se puede deducir de mi libro «La Neuropsychologie de la Sophrologie» (Sciences de l'Étre. Québec. 1988). Quiero rendir un homenaje al trabajo casi paralelo que por la difusión de este enfoque anatómico ha realizado con todo rigor y durante buena parte de su vida académica, mi compañero Pedro Gómez Bosque («Elementos de Neuropsicobiología». Librería Médica. Valladolid. 1977).

31.- Un libro importante sobre la significación de las áreas prefrontales es sin duda el titulado «Lóbulo Frontal y Comportamiento Humano (Bioaxiopráxico volicional)», de Aldo E. Imbriano (JMS. Barcelona. 1983). Quizás por primera vez con extensión se trata en este lóbulo de la consciencia, con la inconsciencia y la supraconsciencia, y se habla de voluntad, motivación, existencialidad, y otros términos poco relacionados antes con la neurofisiología.

Si como habéis visto y en legítima opción definitivamente opté por un «cuerpo trascendente», luché para poderlo poner en concordancia con conceptos tan radicales –y por otra parte esenciales e inevitables– como los de «alma», «muerte» y «resurrección», porque después de exponer una anatomía que tiende a cierto «misticismo» resulta que «si no lo veo no lo creo».

Si en el momento de la verdad, el alma se entiende como espíritu descarnado del cuerpo, lo único capaz de volar más allá de lo terrenal, ¿para qué esforzarse en encontrar en ese cuerpo mortal otras capacidades que las que se ven y tocan?; por otra parte, si la muerte, como es cierto, va a convertir el cuerpo en polvo, ¿para qué querer sacarle virtudes tan efímeras que no van a servir ni a conseguir nada? Pero las dificultades se desvanecieron y no porque yo haya hecho una interpretación teológica personal y partidista de los hechos y circunstancias sino que me ha parecido deducirlo de las reflexiones que siguen.

En cuanto al «alma», es un error considerarla de alguna manera separada y menos incompatible del/con el cuerpo, hasta el punto de que la ya vieja pero permanente y liberadora doctrina tomista la considera como su «primera cualidad»; pero, en cualquier caso, si «ánima» tiene que ver con «animación», no hay tal sin «algo» donde esa animación se realice, el cuerpo.³²

32.- El profesor de nuestra universidad y sacerdote dominico, Urbano Alonso del Campo, está realizando una muy seria y callada labor sobre una «antropología filosófica y mística» desde la perspectiva de la doctrina de su fundador. La publicación «Antropología en diálogo: visión tomista y moderna del hombre» («Teología Espiritual», XXXII, 95. 1988) es una buena muestra.

De todas maneras, parece más oportuno en este terreno donde nos movemos hablar de «espíritu», con lo que se consigue utilizar un término menos connotado y manipulado, y es tan viejo en sus usos como el de alma, que puede tener encuadres teológicos más apropiados. ¡Y de cuerpo con espiritualidad, hasta con felicidad, venimos ya hace mucho hablando! De todas formas, el «humanismo» parece haber llegado ya hasta los lejanos y defendidos rincones de la metafísica, ayudando a entender a nivel de hombre corriente ilustrado problemas trascendentales que le resultan así más próximos y le interesan.³³

En cuanto a la dificultad de la «muerte» y la «resurrección» en fin, ciertamente el cuerpo morirá y se deshará en polvo y volverá a la «Energía» de donde partió, pero podemos también referirnos a ese «cuerpo permanente», «inmortal», «resucitado» si se prefiere llamar así en sentido de trascendencia o emergencia.

Todo consiste en no fijarnos tan exclusivamente en la fisonomía de las estructuras sino en buscar en ellas su significación causal y emergente, y en el hombre total su «destino». ¿Por qué ser tímidos o parcos al hablar de «destino» si tanto se piensa en él?

Justamente en una interpretación reciente de un texto tan apropiado a estos fines como el «Nuevo Testamento», se haya fácilmente la solución. Estamos siempre —y de ahí partían nuestras dificultades— en la dicotomía occidental y cartesiana de «alma/espíritu/mente/psique» frente a «soma/cuerpo», cuando no se trata de dos elementos, sino de tres: espíritu animador («psique»); cuerpo/acción («soma»); y carne («sarx»),

33.- La obra de Cornelio Fabro «Introducción al problema del Hombre (La realidad del alma)», nos ha parecido un magnífico libro que se escribe entre la metafísica y la antropología filosófica, de un humanismo moderno, comprometido y convincente. (Stadium. Roma. 1982).

siendo ese «soma» la versión del cuerpo del que queremos hablar.³⁴

«Sarx» se destruirá, y «soma», como cuerpo, es «cuerpo-acción», «cuerpo-conducta», rastro, huella, lo que del hombre queda y lo que del hombre vuela también. No miremos el cuerpo con ojos de muerte sino de vida, no como lastre sino como vehículo y ahí encontraremos la clave. Entendamos que el cuerpo del hombre «acciona», y, a la inversa, que las acciones son corporales; ¿cómo desligar pues al cuerpo de la conducta? ¡...Y las acciones quedan!

Últimas preguntas

En este sentido y para confirmar mi propuesta, yo podría preguntaros para terminar: ¿Qué seré más yo, qué será más mi cuerpo, hoy mismo, ante vosotros en esta ceremonia de apertura: mi figura de casi viejo con estas vestiduras que no pueden disimular mi condición, mis ojos que miran y mis manos que se mueven, o mi palabra que ya está emergiendo de mí y que es evidentemente acción corporal?. Y dando un paso más: ¿qué será más cierto de mí en vosotros, esta palabra, menos material ya pero que al fin se pierde, o mi mensaje, esa idea que emerge de mí, todavía más sutil pero más permanente si he conseguido haceros pensar y más tarde incitar vuestro recuerdo?. Y ¿qué quedará por tanto más de mí después de esta mañana?; pues evidentemente lo que mi cuerpo ha hecho emerger de sí para

34.- En esta ocasión me refiero a la espléndida versión de J. Mateos y L. Alonso Schöckel «Nuevo Testamento». Ediciones Cristianas. Madrid. 1987. Se trata de una traducción de los autores. Está lleno de comentarios y un vocabulario biblioco-teológico realizado por Mateos y colaboradores. En la página 1284 de este vocabulario se lee: «b) el «soma» el hombre en cuanto activo, destinado al Señor (1 Cor 6, 13)...». «V. «Sarx» a) el ser de carne y la carne misma que lo forma (1 Cor 15, 39; Sant 5, 3; Ap 17, 16; con fórmula más enfática, «carne y hueso»...

quedarse en vosotros, esa idea que es «proyección» del cuerpo, porque si él no pensara, hablara y comunicara estaríamos en el cadáver del principio del discurso.

¿Véis por dónde va el sentido del «cuerpo emergente del hombre-acción?». Lo que se intuye que quedará del hombre es justamente lo que haya querido hacer como «extensión de sí», no el cuerpo material, que ya no puede seguir, cansado y viejo.

Hay hombres que fueron sabios, fundadores, líderes, creadores de todo tipo, que viven más después de muertos que en vida, en la que quizás apenas llamaron la atención o fueron marginados y su cuerpo olvidado. Sin embargo, ese cuerpo desvalorizado o maltratado fué el que los llevó por la vida, y en él se fraguaron tan espléndidas ideas, y de él salieron esas obras y esos mensajes tan hermosos que parece que no van a morir nunca, y de ahí un sentido de inmortalidad. De nuestro cuerpo quedarán sus acciones, el «karma» de los orientales que se reencarnará, esa referida «alma» de los cristianos que no morirá, otra especie de «cuerpo», inmaterial, dinámico, permanente, el que cada uno ha hecho de sí y desde el suyo, el que ahora nos interesa.

Epílogo

Y termino, no sin antes confesaros todavía una última inquietud que me impide sentirme satisfecho. ¿Podrá ser el revalorizar de esta manera el cuerpo un dislocado «materialismo», un exagerado «reduccionismo» de lo que yo mismo he querido resaltar como instancia superior de libertad emergente?. La respuesta puede no aparecer fácilmente, porque podría entenderse evidentemente así pero también podría hacerse de manera contraria al considerar que mi compromiso ha sido —y es— encontrar a esa supuesta materia corporal causa y destino, no saltando alocadamente desde el análisis presente a la síntesis futura sino simplemente intuyendo que el cuerpo está en el camino, no es lastre sino catapulta.

Intelectualmente no sé cual sería mi suerte en una supuesta polémica si se me malentendiera, pero me sirve en cambio ahora y mucho la «intuición» que tanto vengo defendiendo. No trato de convencer con razones a nadie pero para mí «intuyo» que esto no es reduccionismo ni materialismo porque, entre otras razones, veo cómo en mí mismo ha dejado un hermoso poso de «espiritualidad», porque mi intención no ha sido nunca anclar el espíritu en la estructura sino verlos volar juntos en una empresa unitaria, porque simplemente he luchado contra una dicotomía que margina la maravillosa criatura que es el cuerpo y que atenta contra la «unidad» del hombre en cualquiera de sus compromisos, incluso en una optativa trascendencia.³⁵

A base de entender cada vez mejor para mí las claves de la acción, llegando a las estructuras más sutiles que pueden intuir funciones tan inmatriciales como sublimes, he alcanzado también a ver lo mucho que me falta entender y cómo se acrecienta desproporcionadamente con lo que logro saber; ha llegado en fin a ser tanta mi admiración por la vida que trato siempre al final —y ahora igual— de justificarme de mis interpretaciones por si se entendieran mal.

Cuando explicaba a mis alumnos, en la pizarra y con unas tizas de colores el substrato de la simple emoción y aún más el más

35.- De una parte, nos encontramos animados por K. R. Popper y J. C. Eccles cuando dicen —entre razonamientos muy serios lógicamente— que «nada es un logro tan magnífico en ciencia como una reducción que haya tenido éxito». De otra parte nos sentimos «amenazados» por M. Bunge cuando llama al «finalismo»; que sentimos, como «materialismo enmarcado». Consideramos muchas definiciones y posturas basadas en matices; quizás frente a un «finalismo animador», que no criticamos, creemos profesar un «finalismo causal y emergente». Todo el libro trata de presentarlo y los lectores juzgarán.

(M. Bunge, «Materialismo y Ciencia». Ariel. Barcelona. 1980. K. R. Popper y J. C. Eccles, «El yo y su cerebro». Spring-Verlag. Berlín. 1982. Trad. esp.).

complejo del conocimiento, y me parecen convencidos, trato de advertirlos de un posible error y les invito un día a su «autoconsciencia»; siempre me gusta aclararles que les he dicho lo que les puedo decir del tema desde mis conocimientos, pero que me parece estar jugando como niños con el sublime rompecabezas de la vida. «¡Qué lejos estará esta simplificación de la verdad!», les digo con frecuencia; «pero ¿cómo van a ser estas líneas la radiografía de los sentimientos?; ¿no os parece que han de ser infinitamente más?».

Por eso yo termino pidiéndoos comprensión para este mi discurso anatómico que concluye, comentarios sobre una anatomía que a mí me parece enriquecida desde la que recibí, pero que debe ser ridícula ante la verdadera.³⁶

De todas maneras, a la hora de mi jubilación me siento contento y motivado, tanto que cuando ya apenas me va a servir de nada, estoy entregando para su impresión mi último libro que título «Anatomía Progresiva del Hombre Emergente».

A mí me basta; me he encontrado con ese HOMBRE que he perseguido y que se me ha venido escapando tantos años, quizás porque se entienda mejor cuando uno mismo tiene más próximo el final, pero que en todo caso su encuentro todavía me va

36.- Termino citando a Pedro Lain, como empecé, haciendo un paralelo –desde la distancia– entre lo que yo he querido hacer con mi «Anatomía» y lo que él «quiso hacer» –ha hecho diría yo– con su «Antropología médica»: «Feci quod potui, facient meliora potentes» («hice lo que pude y lo harán mejor los que pueden hacerlo»). («Lo que quise hacer»). XVI. Comentarios a su obra «Antropología Médica», en su recientísima y humanística síntesis «Hacia la recta final», que recomendamos como deleite. Círculo de lectores. Madrid. 1990).

Con infinitamente menos bagaje detrás, y algunos años, han sido un placer estas reflexiones de Lain con cuyo estado de ánimo –joven, satisfecho y sereno y aún esperanzado y emprendedor– me identifico a la hora de mi jubilación que es como comenzar esa «recta final».

a servir personalmente de mucho. Yo mismo me entiendo ahora mejor y me siento más feliz sabiendo que el camino no se acaba y que aún tengo mucho por hacer, ¡aunque haya tardado medio siglo en aprender la lección que me empuñé equivocadamente en aprender desde el análisis científico de los hechos y no desde lo que me intuía el corazón! ¡Hombre de poca fé...!

Termino y lo hago sin nostalgia sino con esa reiterada felicidad para mí tan cercana, la misma que os deseo a todos. ¡Que la disfrutéis en el curso académico que empieza, y siempre!

¡Muchas gracias!